

¡QUÉ NOS DURAN!

por RICARDO GARIBAY / marzo de 1978

“Nomás llego y dificultades por todas partes”. Campeonazo para acá, campeonazo para allá... ¡Arriba el Púas, hijos de María Morales! Diálogos entre cantinas de la gran Bondonjo. El Cuás Cuás en La Canica. Un día en la vida del campeón gallo. “Y qué vas hacer, o qué o qué...”

En las cuatro de la mañana. Quedamos Ignacio, Enrique y yo, y dos ancianitos gringos en la barra.

—Enrique... ¿qué piensa usted del Púas, cómo lo definiría usted?

Sonríe. Bebe. Se limpia lentamente la palma de la mano izquierda en la playera.

—Él anda preocupado de si a usted le gustará la yerba o la nieve, o que qué pensará usted... Y... psés el capricho, ya le dije, es su capricho de orita, y es desatento, y es de mal humor, y es borracho, y es drogadicto, y es mujeriego, y es de contentillo, y es abusivo, y es un tirano, y es güevón, y no es parejo, y es dejado, y es mugroso, y es un desmadre... como yo, yo soy eso también, como aquí todos, como usted creo yo, así con eso mismo usted puede definir a muchos ¿no? digo, a no ser lo que usted mejor piense...

Regresamos de Los Ángeles con poco en el morral para el libro sobre Olivares, que imaginábamos best-seller y productor de fabulosas regalías. Con poco o más bien con casi nada, toda vez que había sido imposible atornillar al Púas a una mesa o vivir con él siquiera todo un día de desmanes habituales. —Con lo que tenemos no cubro ni la introducción, Ignacio —dije—; aparte de que el director nos va a tupir, fuimos y volvimos como si no hubiésemos salido de Bucareli.

—Señor, desde hoy viviré para buscar al zonzo. No haré otra cosa. En cuanto lo tenga lo llevo amarrado al periódico y le aviso a usted.

—A las diez en punto estará Rubén en el periódico, señor —me dijo por teléfono una semana después. En este momento son las ocho de la mañana.

—No me quite el tiempo —dije.

—Señor, estará a las diez en la dirección.

—No me fastidie.

—Se lo juro, señor.

—No me impresiona. Deme garantías. Me voy a echar al mar de coches, para que me salgan con que “siempre no vino” o desapareció dejando un raro olor a fritangas.

—Rubén está conmigo.

—Puede escapársele y no crea que esté con usted. No salgo.

—¡Señor, no cuelgue! Le va a hablar Rubén.

—Que asó Garibay, qué hacemos o qué.

—Cierro. Cómo te va, Rubén. Pásale la bocina al Galán.

—¡No me vayas a dejar esperando, inch Garibay!

—¿Ya me cree, señor? —preguntó Nacho.

—Nos vemos a las diez. Que no se le escape —dije.

—Lo tengo amarrado de los cojones.

—Échele doble nudo. Ahora salgo.

Llegué cuando ya se trataban de tú Rubén y el director, hablaban de peleas inolvidables y se carcajaban gruesamente.

—Mi querido Ricardo —dijo el director—, aquí tiene usted al boxeador Rubén Olivares, no entiendo cuál era la terrible dificultad, mi querido Ricardo.

—Señor, llevamos tres semanas tratando de atraparlo.

—No buscaron donde debían, don Ricardo; don Ricardo, simplemente no buscaron donde debían.

—¿Dónde exactamente? —pregunté.

—Aquí mismo, don Ricardo. Como reportero deja usted mucho que desear, don Ricardo. Don Ricardo, debió usted buscar aquí mismo.

—Leñe, haré como que no oigo nada. Bueno, y a qué llegaron, el libro, qué acordaron.

—Todo está arreglado, mi querido don Ricardo; no le importa a usted qué acordamos, no debe interesarle, Ricardo querido; usted lléveselo ahora y cumpla con su oficio, es decir, ya no lo pierda y escriba, escriba, escriba, don Ricardo ¡ya no me diga más...!

—Sólo una pregunta...

—Ni una don Ricardo, no me diga más, no me diga más, no me diga más, ya váyase, don Ricardo; Rubén, qué gusto grande, te dejo en manos más o menos buenas, Rubén; no me diga más, don Ricardo ¡no me diga más, ya no quiero verlos! Había saltado hacia la puerta y nos estaba echando a empujones y manazos, cariñosos y brutales empujones y manazos.

—Qué viejo tan cotorro —dijo Rubén. Bueno y qué o qué, qué vamos a hacer o qué.

—Vamos a hablar un poco, a un café —propuse.

—¡Yaaa! ¿A un café?

—¡Vamos a la cantina acá a la vuelta! —se apresuró Nacho, atento a conjurar toda dificultad posible.

—Tengo que pasar este día contigo, Rubén —iba diciéndole camino a la cantina. Y mañana y pasado mañana, siquiera esta semana, a todas horas juntos.

—¡Ay ojón eso parece otra cosa! Debo decirte que soy casado, ñero —grandes risas.

—Qué pasó, Rubén —dijo Nacho—. Le estás hablando a uno de los más...

—¡No, no, ya me mandé, no, no, chst, qué pasó, me puse pendejo, charros, charros! —y se dio media docena de cachetadas, y luego, muy serio, dijo: —No Garibay, ni hablar, lo que tú quieras, vamos primero para que veas donde vivo y ps un día con otro ¿no? Ya después que acá que allá tú me vas diciendo, digo, pero primero vamos a echar un chingadacito

¿no?, ya va siendo hora ¡oh sí, oh sí, ya va siendo hora! cuándo no tú Garibay.

A la puerta de la cantina nos esperaba un cuate alto, de pestañas a media asta, mejillas brillosas y labios de pereza infinita, y el dueño de un changarro de llaves al minuto, de apodo El Llaverero.

Cubas, jaiboles, cervezas, tehuacanes, cacahuates, pepas y los de moronga.

Rubén: ¿Sabes qué, Galán? A lo macho ya lo comprobé que aquí me ahogo...

Nacho: Ya estás pensando en regresarte a Los Ángeles, grandísimo cabrón...

Rubén: Me cae que sí, Galán.

Llaverero: A Rub le cai que sí, que seoga.

Rubén: Ps dime qué hago aquí, qué me detiene.

Llaverero: Qué lo detiene...

Nacho: Scómo qué hago, scómo qué te detiene.

Llaverero: Pus cómo qué haces, mi Rub.

Garibay: Qué pasa, Rubén. Acabas de llegar.

Nacho: Pinche cabrón, eres una cosita de la rechingada.

Rubén: A lo macho, Galán.

Llaverero: Sí, sí.

Nacho: Si a lo macho te lo digo, no creas que es broma.

Llaverero: No creas que es broma, mi Rub.

Rubén: Tú Garibay mira...

Nacho: No, espérate.

Rubén: ...pérate, Galán, deja que él diga, que Garibay diga, no lo vayas influenciar, ¡oh sí, no fueras influenciando!, ¡aaah mira!, ¡acá pendejo!, deja que él diga, digo Garibay por lo que quieres de lo que hago, ya no me cae esta pinche ciudad ni todo el mendigo país, ¿sabes dónde me joden y me roban y me chingan desde que bajo del avión hasta que me largo de nuevo, me cai de madre? ¡Aquí, Garibay, aquí! ¡Mira, que se mueran, este, por Dios, por lo que más quieras! ¿Ora sabes qué, tú Galán? Que no es mía la casa de la Lindavista...

Llaverero: Que no es de él la casa de la Lindavista...

Rubén: ¿Qué no abriste hoy tu negocio?

Llaverero: Cómo no, mira Rub, ta abierto.

Rubén: Oye pus no lo dejes, no lo desatiendas, por qué no te vas a atenderlo.

Llaverero: No ps orita dejé allá al muchacho.

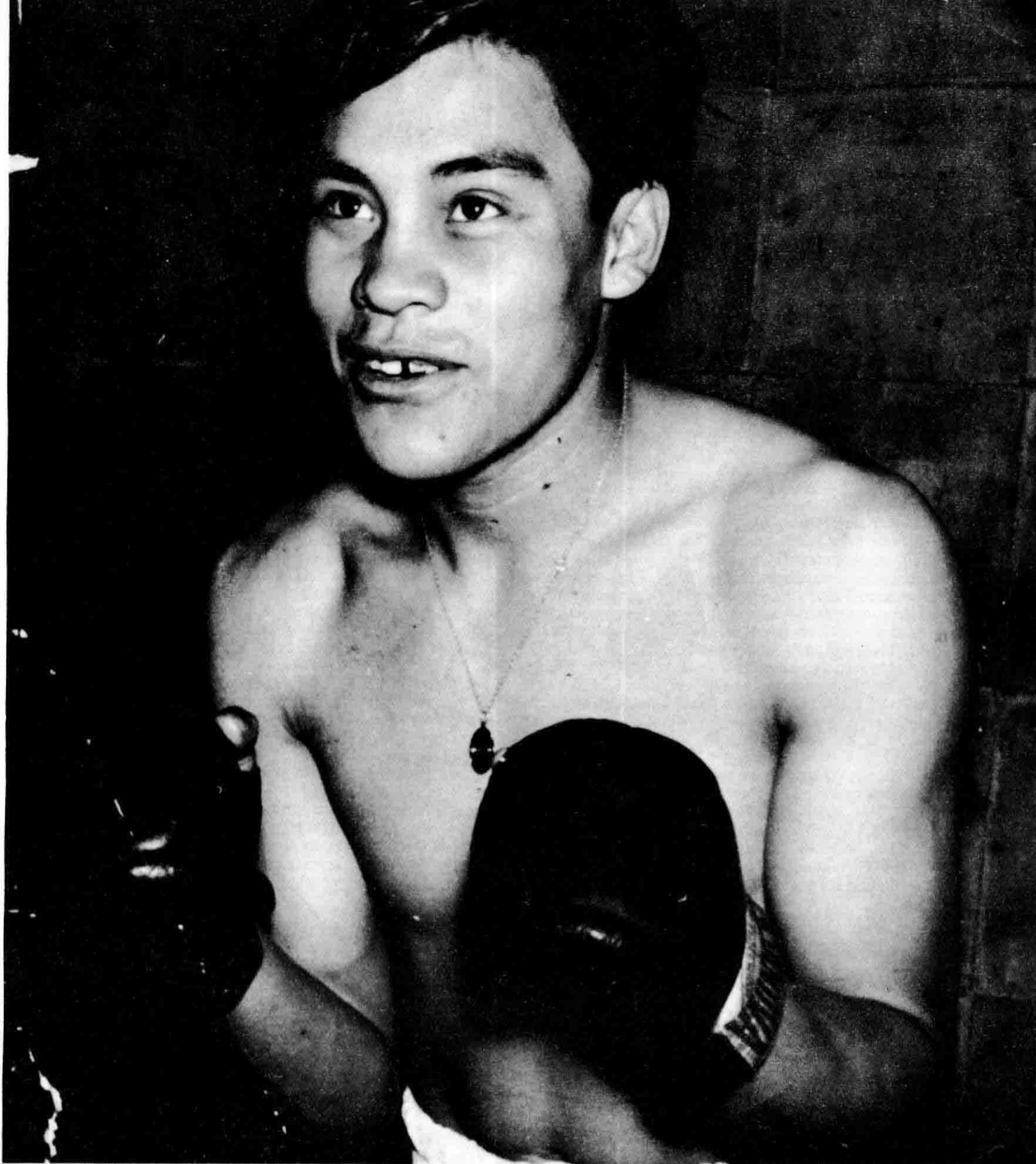
Rubén: ¡Uh que la! Entons no hables mucho, te ves mejor callado.

El Llaverero ríe más que ninguno y se golpea los flancos; se diría que acaban de darle un premio. El cuate alto sonríe y deja ver detrás de los lentísimos labios una doble hilera de raigones café; lo mira Rubén; cierra la boca, riñón tumefacto, pestañea. El Llaverero pide las otras, con urgencia, igual, igual para mi Rub y para los señores.

Nacho: Cómo que no es tuya la casa de la Lindavista. Llaverero: Cómo que no es tuya...

El cuate alto le da un codazo al Llaverero, codazo seco, cortito, duro. El Llaverero abre la boca buscando aire, pajarea extrañado, comienza a entender.

Rubén: Chin, de verdad contigo, pinche Llaverero. Pus que no es mía la casa de la Lindavista, llegando me sacaron ese pedo, otra faena de mi compadre, que me la vendió y no era suya o que no le pagó el dinero que le di para el dueño, ora tengo que arreglar ese



DUEÑO
de un *punch*
como pocos, el
chamaco
noqueador es
poseedor,
también, de una
peculiar facilidad
para el lenguaje...
que a muchos
asusta, por decir
lo menos

broncón, nomás llego y dificultades por todas partes, nomás vengo a hacer corajes, Galán. Tú dime, Garibay.

Llavero: Nomás viene a hacer corajes, Garibay. Este no, perdón.

Garibay: Qué compadre, Rubén.

Rubén: Un hijo de... ¡mira por ese buey hasta fui a dar a la cárcel! Y yo ya se lo mandé decir compadre vamos a tener una dificultad un día de éstos, le mandé decir...

Nacho: El de la pistola, que le prestó Rubén, que le platique, señor.

Llavero: La pisto... Perdón, mi Rub.

Rubén: ¡Ah esa es una chingadera que deso sí puedes escribir, Garibay!

Llavero: ¡Deso sí pued...!

Mesero: Igual para los señores, corre rapidito, con permiso, Rubencito ¿quieres chicharroncito? Va saliendo apenas, en verde, te va gustar...

Rubén: No señor, muchas gracias. Deso sí puedes escribir, Garibay, fijate que llega y me dice: ¡ah qué pendejo es mi compadre, de veras!...

Mesero: Qué bonitos madrazos le acomodaste al

chino, Rubencito ¡cayó bonito! muy fain.

Rubén: Es un boxeador, señor, como yo. Muchas gracias.

Llavero: Ya vete, estás interrumpiendo.

Rubén: No pero de veras, qué buey es mi compadre, llega y me dice que préstame una pistola, le digo no qué te voy a prestar, cuál es la bronca, porque su mujer lo estaba...

Vendedor: Señores, mucha salud. Campeonísimo mucha salud. Unos huevecillos duros, señores. Unos charalitos doraditos. Campeonísimo las mojarritas fritas, robustecen el *punch*...

Rubén: ¡Chen! No señor, muchas gracias. Que lo estaba haciendo pendejo y que ya sabía con quién, y no que préstamela, que entonces qué, que pa cuándo la amistad, bueno le dije, compadre, ¡pero no me vayas a salir! porque total si quería darle en la madre a quién chingao me importa a mí, toma la pistola pinche comp...

Vendedor: ¡Campeonazo qué nos duran los chales! Unas banderolas, campeón, unos bellos distintivos, unos toques eléctricos, mira campeón estas tarjetas cachorras!

Ante la insistencia negativa, el vendedor le pone a Rubén una mano en el hombro y baja la voz: —Me tomo una fresca a tu salud, campeónazo... Hace una calor de la re...

Rubén: Si me están invitando, mano. No traigo.

Llavero: Yo lo estoy invitando, ahorita no molestes. Tú puedes continuar, mi Rub.

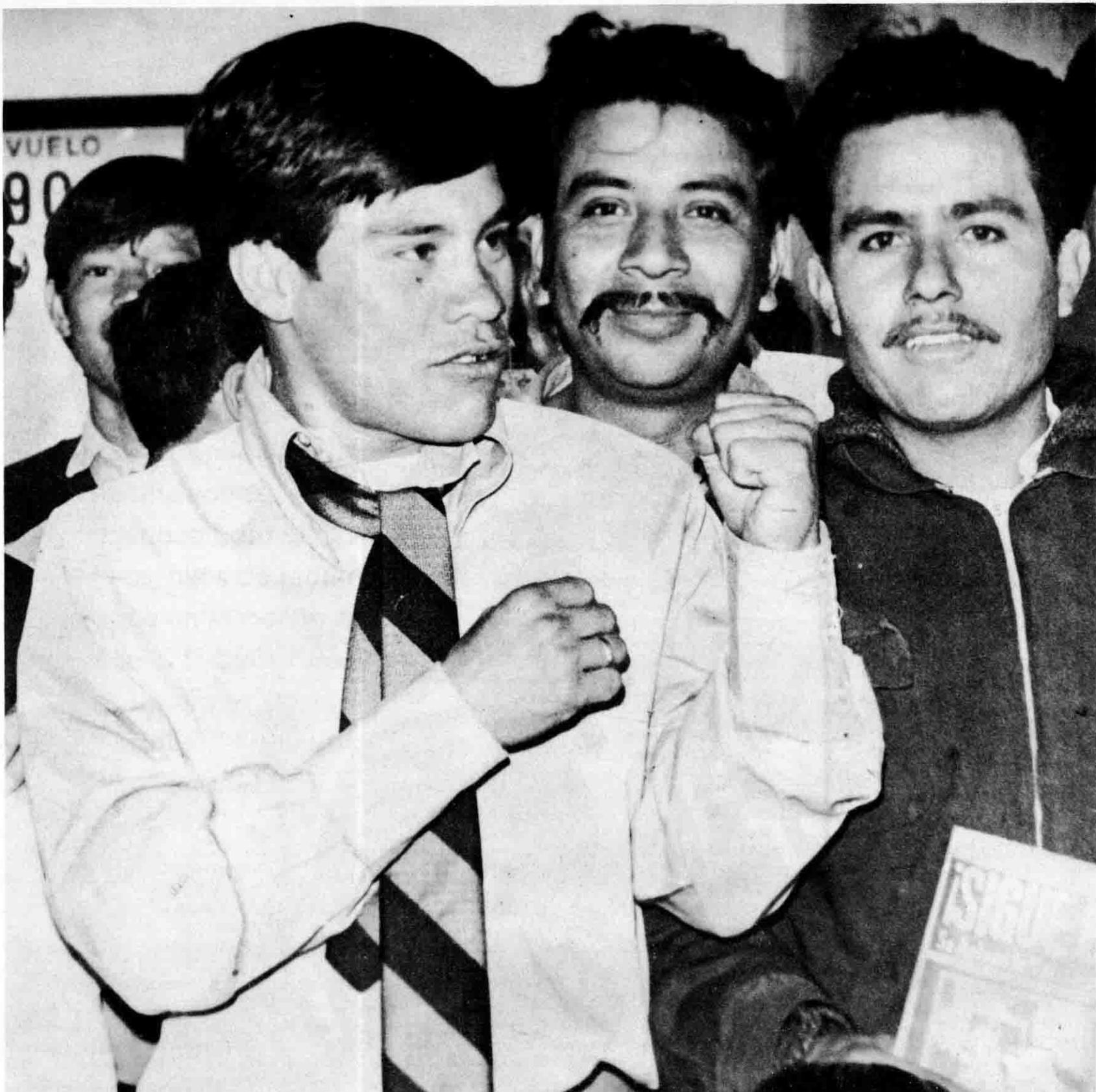
Rubén: Ay mano, eres a toda madre, por eso me gusta que estés conmigo.

El Llavero ríe más que ninguno y se golpea los flancos. Se diría súbitamente en plena temblorina.

Rubén: No psí, le digo ai está la pistola, tú te enredas, a mí no me embarres y va y se va con no sé quién que yo me enteré por el periódico y se equivocan y le dan al hermano creo que al hermano del que lo estaba haciendo con su mujer ¡y se me deja venir a mí la grande, pero grande que llegó un momento que dije ah chingao se está poniendo de drama este pinche rollo! y todavía me costó ¡puta! ¡que te diga el Galán lo que me costó! ¡pus ése es el compadre que me sale ahora con la mamada de la casa de la Lindavista!

Entre la explosión de carcajadas (¿por qué carcaja-

ASEDIADO POR compadres, comadres, aficionados...y uno que otro sableador, el campeón no teme saltar del gimnasio a la cantina, y de ahí al cuadrilátero... Él lo puede todo



das? y yo ¿de qué me río?) entran dos o tres vendedores más. ¡Arriba el Púas, hijos de María Morales! Chicharroncitos mi ponchador, unas ricas papas con chilambre. Firmame aquí este en la orillita, para mis chavos, les voy a decir que estuve con Rubén Olivares ¡van a decir que ya llegué pedo de vuelta! Un hermoso libro señores, las poesías completas de Amado Nervo, historias de terror, ciencia ficción, anecdotario amoroso profusamente ilustrado. Caballeros sus agujetas, su grasa para el calzado, un cepillo de cerda, hojas de afeitar, sus mancuernillas de cuero, caballeros.

Rubén: A ver ya pide la cuenta. Qué vamos a hacer o qué; pero ya, aquí no se puede. Vamos a La Canica. Nacho: Vamos antes a tu casa ¿no Rubén? Que vea el señor Garibay dónde y cómo, es decir, por partes, diuna vez, porque de La Canica vas a salir hasta el ocho...

Rubén: Tsóoo qué pasó, si sólo se trata de un refresco. Y volvemos a reir con muchas ganas. Algo es graciosísimo, estoy seguro, si no, los vendedores y el mesero no estarían enseñando tamañas dentaduras.

—Joven Llaverero —digo— ¿por qué nos estamos riendo tanto?

—No pus es el campeón, es por el campeón, es que está aquí el campeón. Él y yo ya vio usted que nos

llevamos ¡uuuh desde quéace! ¿Verdá mi Rub?

—Vente Garibay, ya vámonos —dice Rubén—.

Salimos abriendo una densa atmósfera de gritos, hurras, abrazos, chocaderos de manos, palmoteos de espaldas, autógrafos e invitaciones a beber en la barra y las mesas.

Veníamos en un coche grande, Galaxie 75, Rubén y yo; los otros vienen en el Mustang de Nacho Castillo.

—Y tú qué carro tienes, Garibay. ¿Lo dejaste en el periódico?

—Sí, no tenía caso. Es un volsvaguén.

—¡Yaaa! Orita vamos aquí cerca a una colonia proletaria, digo disculpa, allí está una muchacha... humilde ¿no? digo persona muy sencilla pero muy pareja, muy buena compañera, una vecindad que compré oseáque de lo poco que he podido juntar porque que dicen que me boto el dinero ps cuál me boto, las chingas que me han puesto, me han saqueado, botar qué, cinco, diez, ponle veinte mil en una noche para pasarla bien, digo para estar muy padre, pero con eso no se acaba la lana, y también compré una casita en la esquina, mira esa de allí, yo vivo aquí a la vuelta, estamos en la gran Bondonjo ¡oh sí!

Bajando nos rodean —lo rodean— muchos niños. Los acaricia, los insulta un poco. Rien los niños, lo siguen.

—Ya váyanse, cabrones chavos, vámonos digo. ¿Y usted? ¿qué pasó con el chingadazo que se dió? ¿lo llevaron al doctor? a ver... mírelo pendejo ¡fíjese! ¿no le digo? Este es miyo, uno de mis hijos.

—¿Qué le pasó? —pregunto.

—Se dio un cabronazo, pero ya está bien. Pásale Garibay. Sale la "señora de la Bondonjo": joven, gruesa, chanchuda, silenciosa. La casa es muy pequeña, atestada de muebles grandes, pesados. Monumental tocadiscos, trofeos, Virgen de Guadalupe, espejo con dibujos. Retratos de Rubén campeón mundial. Bandera mexicana.

—Vamos a La Canica, hija.

—Tá bueno.

—Vamos a que conozca a mi jefa y al resto ¿no? Junto a su vivienda está la vecindad. Entrada minúscula, minúsculo patio y escalera minúscula, abusado con la cabeza y abusado con los pies, Garibay, porque aquí te desnucas por no decir que te desmadras ¡oh sí! Llegamos al segundo piso, especie de azoteilla de dos por dos: hay perras con perritos y hay gallinas y hay macetas y hay trebejos y hay dos niños en sendas bacinicas y hay tendedores y los niños están cantando a grito herido y dice Rubén que estos cabrestos siempre están en las bacinicas porque echan unas lombrizotas que me cai no lo vas a creer hasta de este tamaño. Y en la

recámara totalmente llena de muebles la hermana trabaja haciendo banderolas para vender a la salida de la lucha libre, banderolas con la Virgen de Guadalupe nimbada de lentejuelas blancas. Y hacen recuerdos los dos hermanos, de cuando no había qué comer en la vecindad. Chillan los niños de los bacinés; los mordió la perra, porque metieron un perrito en la cubeta de los miados. Una cubeta rebosante de curado de jitomate nos darán en La Canica, y la llevaremos a la casa de la Lindavista, para refrescarnos mientras jugamos un errático partido de carambola, en mesa de bandas rotas, tacos desbotonados, sol criminal y sobre la alfombra roja y negruzca de tantas quemaduras de cigarros. La casa de la Lindavista es de clase media alta, tapetes doble ancho, gobelinos, monumental tocadiscos, espejos con dibujos, muebles enormes y azules, alfombras rojas, huellas de cigarros por dondequiera, y no podía faltar la cubeta de pulque dice la señora de la Lindavista, las dos hijitas son castañas, delicadas y el Púas las besa sin mucho entusiasmo y no dice palabrotas delante de ellas, y en la pequeñísima vivienda de la mamá, donde no se puede dar paso entre sillones, sofás, burós, refrigeradores y camas, Rubén habla del Viejo Cojutéc, su padre, que nunca se aparece y al que trompean seguido los chavos méndigos de las colonias donde anda el viejo, y era bueno el viejo para los moquetes, se sabía sonar y luego le pregunto dígame quien le puso en su madre, dígame, yo lo puedo defender, pero no nos dice, se aguanta el viejo cabrón, y jugamos billar y con mucho tiento me preguntó ¿tú no le haces a la canabis, Garibay? digo pero ¿no te molesta? y el de las pestañas empezó a preparar morosamente, amorosamente el cigarro, lamía con su gran lengua de vaca la hojilla de papel ¡no lo mojes, pendejo! y

esperaba luego su turno, acariciando el taco, recibiendo la bacha con exquisita mansedumbre. Y cuando íbamos hacia la Lindavista me dijo Rubén que por esas calles hace dos años vio pasar a su maestro de la escuela primaria, que iba el maestro en un Fiat viejón y Rubén iba en el Cadillac, y lo alcancé y le grité párate pinche buey, no me reconocía el ojete y se bajó y ya me pedía perdón, que no que mira que era por tu bien ¿por mi bien hijo de tu pinche madre? orita te vuá madriar por tu bien, pendejo ¿qué no pensó que un día iba uno a crecer? perdón me pedía el culero, pero dime Garibay ¿te gustó La Canica? es de amigos La Canica. La Canica está por La Villa; es una pulquería de pepenadores, barrenderos, mecapaneros, albañiles, mendigos; paredes pintadas de verde y rosa mexicano; mil hombres adentro, imposible moverse o sentarse o estar de pie; inmediatamente se armó el jubileo y le mostraron a Rubén un retrato al óleo: "el campeón de todas las coronas" ¡oh sí! y el campeón conmovido pidió un pincel, para firmar el cuadro, y lo firmó rodeado por una oscura y barbosa corte de varones pendulares que se apoyaban unos en otros y decían más o menos lo siguiente: "qué a todddam... dre... inchrruuu... hén..." Y nos hicieron lugar en el mejor lugar de La Canica y me decían señor doctor y el mejor lugar estaba junto al mingitorio y nos salpicaban, por lo cual se enojó Rubén y nos cambiaron de sitio y durante toda la conversación se me recargó en las espaldas, hasta dormirse y roncar apaciblemente, un mecapanero apodado el Cuás Cuás, a quien el Chúpiras, despachador de bateas, tornillos y cubetas y compañeros de escuela de Rubén y boxeador un tiempo, injurió con un casi interminable rosario de recónditos horrores a propósito de la madre del Cuás Cuás. Rubén pidió, señalándome, atiéndame aquí al señor

escritor como se debe, y el Chúpiras dijo al señor doctor en sus güevitos de oro, y me atendió como a nadie y bebí del de fresa, del de alfalfa, del de guayaba y la cubeta del de jitomate que llevamos al billar de Olivares, y de esa tarde me agencé una tifoidea feroz y no sabían de dónde, los médicos, hasta que haciendo memoria dije ¿sería el pulque de La Canica? Y hacia las seis de la tarde, todavía con sol, Rubén largó el primer bostezo de caimán, muelas impecables, y el cuate alto susurró "tienes que levantarte", y el púgil dijo:

—Bueno Garibay, y qué vas hacer o qué o qué, porque yo tengo que ver a una persona allá por aviación...

—¿A la pista cinco?

Nadie me contesta. Y estamos hablando de mujeres, no sé quién sacó el tema. Y dice Rubén que nadie le ha dicho nunca la verdad sobre las mujeres. Entonces recuerdo la lección de Agustín Lara. —Te voy a decir lo que me dijo una vez Agustín Lara, con quien anduve pacá y pallá durante ocho meses, porque alguien me pagó para que escribiera yo su vida. Lara tenía un maestro, lo tuvo desde su juventud, era un padrote de oficio, llamado El Garbanzo, uno de los pocos hombres por quienes Lara guardó respeto. Y como Lara no sabía tratar a las muchachas, no había aprendido a quitarles el dinero ni a madrearlas, lo zarandé un día El Garbanzo y le dijo casi en secreto: "Mira escuincle, métete esto en la cabeza si es que quieres servir de algo, que nunca se te olvide —Lara me lo contó llorando—: las mujeres... ¿quieres saber? las mujeres son un pañuelo para sonarse el nabo. Ya está. No hay más". Tú qué piensas Rubén. Cuando deja de reír, el Púas me ve con inesperada admiración, y dice:

—¿Y tú lo trataste mucho? Era un genio, Agustín Lara; ¡pero me cai que esa altura...!



"El Púas", quien nació en 1957, es originario de la ciudad de México. Boxeador durante más de dos décadas, se convirtió en campeón mundial de peso gallo de agosto de 1969 a enero de 1970 y de abril de 1971 a marzo de 1972. Fue campeón mundial de peso pluma de julio a noviembre de 1974. Se retiró del boxeo en marzo de 1988, después de sostener 120 peleas, de las cuales ganó 77 por vía rápida y nueve por decisión. Ha actuado en varias películas y obras de teatro. Incurrió a la política como candidato a diputado en 1982, pero perdió.

CONCENTRACIÓN
y genio, en la
mirada del
muralista
jalisciense.
Manco y sin
complejos,
prepara el
trabajo de uno
de sus murales
en el Hospicio
Cabañas.



*Por qué no hay grandes pintoras?
¿Por qué no hay Rembrandts femeninos?*

Esta fue la pregunta con la que comencé mi interrogatorio a José Clemente Orozco, el mundialmente famoso pintor mexicano, sentados en su estudio, cerca del Monumento a la Revolución, en la ciudad de México. Una entrevista con él es cosa rara.

"No tengo nada que decir", me habría dicho, decir", me habría dicho, dejándome latear de deshilvanar los hilos de sus reticencias.

Con sorpresa de mi parte, sin embargo, aceptó mi primera pregunta seriamente.

—¿No ha habido mujeres pintoras grandes? —murmuró— ¿Ni grandes compositoras, ni cirujanas, ni filósofas...? Eso se debe seguramente a alguna razón muy complicada. Para comenzar —prosiguió—, el hombre no puede hacer lo que hace la mujer. Puede ser que la mujer no pueda crear sin el hombre.

Sus ojos se iluminaron expresivamente:

—Por mucho tiempo he estado reflexionando en este punto —siguió diciendo—, y he llegado a la conclusión de que la unidad no es ni la mujer ni el hombre separadamente; sino los dos, combinados, son los que forman una unidad de humanidad. Algo como lo que se dice en las historias francesas de detectives —sonrió—, donde la teoría es siempre *cherchez la femme*.

Recobrando la seriedad continuó:

—Esto prueba que la cabeza, separada del tronco, no puede concebir idea alguna. Mis manos, mis pies, son parte también de la máquina pensante. Y en forma similar los dos sexos, separados, no pueden hacer nada.

—Sin embargo, el hombre —interrumpí— tiene

éxito en obtener por sí mismo la grandeza en las artes y las ciencias, en todos los terrenos...

—Porque el hombre tiene los dos principios en sí mismo. Pero la mujer trata de crear por sí sola; quiere ser ella sola, ella misma. Los españoles entienden esto mejor, pues la palabra *hombre* no significa sólo un hombre, sino la humanidad. En cambio en inglés la palabra para hombre significa algo específicamente distinto de mujer.

Por lo tanto, de acuerdo con la idea del pintor, si una mujer desea crear, debe hacerlo a través del hombre.

—Puede ser —reflexionó— que la maquinaria masculina contenga los elementos intelectuales. A través de las edades, el hombre ha simbolizado la creación; el mundo ha adorado personalidades masculinas: Jehová, Confucio, Cristo, Mahoma, Júpiter; las mujeres han sido diosas menores. Esto, no obstante, no disminuye su participación en la creación. Tenemos un ejemplo interesante en el nacimiento de un niño. En este caso, ambos son los padres; sin embargo, la función femenina ha sido mucho más grande. Exactamente lo inverso parece suceder en la creación artística o científica: ambos sexos contribuyen, pero el hombre es el que lleva la semilla hasta su fructificación. El asunto merece hondo estudio, pues cuando volvemos la vista al teatro, al ballet o al cine encontramos que las mujeres se exceden produciendo grandes creaciones artísticas...

—¿Y cómo explica usted esto?

—Posiblemente —sugirió— es porque esas artes dependen en gran parte de la gracia, y la gracia es una cualidad definitivamente femenina.

Así que se perdió en su pensamiento, en su asunto. Yo estudié al pintor que se destaca como uno de los

maestros de más fuerza y más originales de nuestros días. Sus mejillas morenas irradiaban buena salud atestiguando sus diversiones favoritas: la natación, el excursionismo, los baños de sol. Sus ojos severos, cafés, a ratos tuvieron chispas de buen humor tras los lentes de gruesos aros de carey. En algún tiempo su cabello debe de haber sido rubio, pues le quedan trazas de esto en sus cejas y bigotes cafés, ahora hilvanados con gris. Es difícil creer que Orozco tenga 59 años de edad, pues su delgada y bien proporcionada figura y su aire alerta sugieren una persona en los alrededores de los cuarenta. Y, cosa más importante aún, él continúa desarrollando su arte...

Sin embargo, su carrera comenzó tan tardíamente que parecía destinada al fracaso. A la edad de 25 años, cuando terminaba un curso en la Escuela de Agricultura, luego uno de matemáticas en la Preparatoria, comenzó a atender las clases de pintura. Aquellos diez largos años de estudios y de luchas podrían haber desalentado a otro cualquiera, pero no a José Clemente Orozco. Se mantuvo a sí mismo haciendo dibujos para arquitectos, caricaturas para los periódicos. Las comodidades materiales no le interesaban; estaba aprendiendo a pintar...

—¿Y cuándo fue usted eventualmente reconocido?

—pregunté.

—¿Por quién? —se rió—. No busqué que me reconocieran; yo pintaba lo que yo quería. Apenas hace quince años comencé a vender. Mi primera obra de encargo fue modesta: pintar un mural en un museo en Veracruz, en 1915.

—¿Cuáles fueron sus influencias en sus días de estudiante?

—El arte europeo, los artistas españoles, Velázquez, Goya (con el cual frecuentemente se compara a Orozco) y Zurbarán. Los pintores franceses en aquella época eran desconocidos aquí, y no pudieron influirme. Pero sigo aprendiendo... siempre en la escuela, porque la vida es una escuela.

MUROS Y MÁS MUROS

—Y usted se ha ganado allí el sitio de un maestro —quise decir a este hombre que ha dado a México maravillosos murales: en la Escuela Preparatoria, en el Palacio de Bellas Artes, en el Orfanatorio, en el Palacio de Gobierno, en la Universidad de Guadalajara, en la Biblioteca de Jiquilpan, Michoacán. En la Universidad de Darmouth su Epica de América, en varios murales, se considera de lo mejor que hay en los Estados Unidos. En la Universidad de Los Ángeles, su Prometeo ha sido comparado a las figuras de Miguel Ángel.

Y ahora, recordando los muchos jóvenes y talentosos artistas que me he encontrado en México, tuve la tentación de preguntar a Orozco: Si un artista joven viene a usted en busca de consejo, ¿qué le diría?

El maestro reflexionó por un momento:

—Es difícil que un joven sepa en realidad lo que quiere ser. Yo no lo sabía. Pero si realmente quiere pintar, yo le diría: "Pinte los temas que quiera. Expresé su gusto personal. No trate de agradar al público ni a los críticos. Recuerde que todo lo que

LA ESCUELA DE LA VIDA

por BETTY ROSS / septiembre de 1943

es bueno tarde o temprano será reconocido. Lo principal es ser fiel a sí mismo.

—Y la pobreza —pregunté—, ¿es un estímulo para el talento artístico? ¿O eso del arte en el desván es un mito, como el amor en la cabaña? —me reí.

—Todo depende —fue la respuesta— de las cualidades de la persona. En condiciones malas algunos se pierden, otros pelean hasta vencer. Si uno abandona la lucha porque no quiere forcejear, seguramente ése no hubiera llegado a ser un buen artista. De eso puede usted estar segura... usted puede estar segura... Esta última frase, evidentemente muy expresiva para el pintor, la usa frecuentemente, para dar fuerza a una afirmación. Esto también es una clave de su carácter; a menos que esté informado de un asunto, rehúsa discutirlo. Y cuando lo discute, lo hace con seguridad plena.

Donde quiera hay huellas de su carácter: las paredes austeras y los muebles severos de su estudio bien arreglado. Las paredes son blancas, lo mismo que las cortinas. Lo mismo es cierto de cada cuarto en toda la casa. "Me gustan las paredes blancas —explicó—, dejo que mi imaginación las cubra".

Las matemáticas, que por cinco años estudió tan asiduamente, también dejaron una huella en su carácter, le enseñaron disciplina, precisión, control, características que han hecho su obra tan fuerte e inolvidable...

Esto me hizo observar que México está produciendo los mejores pintores de América. Pero Orozco interrumpió:

—¿Por qué dice usted esto? ¿Quién sabe en dónde están los mejores pintores? No hemos visto el trabajo de otras repúblicas; algunos países y algunos artistas obtienen más publicidad, pero eso no significa que los demás no tengan un arte igualmente grande. Existe ya un magnífico arte plástico en Perú y Bolivia, tal como en los Estados Unidos. En los Estados Unidos, aunque nadie se dé cuenta de ello, el puente de Washington, la maquinaria y los aviones son hermosas expresiones plásticas de los norteamericanos. Sólo que sus pintores no deben pensar en términos del Renacimiento italiano, sino que deben intentar interpretar sus propias formas de arte...

—Pero maestro...

—No me llame maestro —rió—, y no me gusta tampoco que se me diga "el pintor"...

—¿Entonces qué es usted?

—Un hombre, en todos sentidos.

—Pero es que la mayoría de los hombres no pintan.

—Entonces hacen alguna otra cosa, construyen casas o editan libros, o arreglan timbres de las puertas, o hacen zapatos... todos estos son oficios masculinos... ¿Qué es lo que me quería preguntar? —continuó ya más seriamente.

Luego, nuestra plática tocó muchos otros puntos. Especulando acerca del futuro artístico de México, le digo que en el mundo antiguo Italia había sido el símbolo de la pintura y Grecia de la escultura; y que posiblemente en el mundo nuevo México sería el símbolo de la pintura...

A esto, el famoso exponente del arte contemporá-

neo encogió expresivamente los hombros:

—Eso no se puede decir aún, porque nuestro mundo es tan distinto. Por las comunicaciones el mundo es pequeño. Nada está remoto; las culturas se unirán más y más. En unos cuantos años las naciones estarán tan cercanas unas de otras que nadie podrá predecir, como antes, cuál será fiel a su propia personalidad. Pero las que tengan personalidad fuerte la retendrán bajo cualesquiera circunstancias.

—¿Y México?

—Es una de las naciones más fuertes, con más fuerza de carácter y más hondas raíces en el propio pasado. Así, con toda probabilidad, permanecerá distinto... Fue la conclusión del dotado muralista mexicano José Clemente Orozco.

"No tengo nada qué decir". Una curiosa revaloración de la mujer.

Un pintor tardío. "Mi primer mural fue encargado en 1915". Lo principal es ser fiel a sí mismo.

¿Dónde están los mejores pintores? "No me llamen maestro"



Nació en Zapotlán el Grande, actual Ciudad Guzmán, Jalisco y murió en la ciudad de México (1883-1949). A finales del siglo XIX se trasladó a la capital de la República. Se tituló como perito agrícola en el Colegio de San Jacinto (1897-1900). Un accidente juvenil lo dejó manco de la mano izquierda. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Bellas Artes o Academia de San Carlos. Figura memorable de la plástica mexicana destacó como irónico caricaturista, notable grabador y pintor, y singular muralista. Ejecutó varios murales en diferentes ciudades estadounidenses. En 1934 pintó un mural en el Palacio de Bellas Artes y luego se trasladó a Guadalajara, entre 1936 y 1939. Decoró la Escuela Nacional Preparatoria (San Ildefonso), el Palacio de Gobierno y el Hospicio Cabañas. Más tarde realizó otros en Michoacán, Nueva York y en la capital mexicana: en la Suprema Corte de Justicia de la Nación y en el extemplo del Hospital de Jesús. En 1946 recibió el Premio Nacional de Artes y Ciencias.